

Gorostidi era también músico apasionado. Tocaba el violín con amore en cuartetos de música clásica. Dirigió en ocasiones el orfeón local, fué crítico musical de primer orden, y le unía estrecha amistad con Peña y Goñi.

Pero su mayor entusiasmo, dentro siempre de la vida vascongada, era el popular Serafín Baroja al que comparaba con Bequer.

Su último trabajo mereció los plácemes del Ayuntamiento. Nos referimos al escrito presentado por el Consistorio proponiendo las bases del Certamen del Fuero de repoblación de San Sebastián, debido á su pluma.

Manuel de Gorostidi era bueno, muy bueno, un perfecto caballero cristiano y seguramente habrá encontrado la eterna recompensa que Dios concede á los justos.

ALFREDO DE LAFFITTE.

Bilinch.—Peña y Goñi.—Gorostidi

**Carta de todo carácter donostiarra que recordamos
con motivo del fallecimiento de Gorostidi**

Sr. D. Manuel Gorostidi
en San Sebastián.

Mi querido amigo: Copio á continuación los párrafos de tu amable carta fecha 29 de Abril próximo pasado, que dicen así:

«Con motivo de la inauguración de un mausoleo que se ha construído en el Campo Santo, para guardar las cenizas del malogrado Bilinch, se trata de publicar su biografía en uno de los próximos números de la EUSKAL-ERRIA; y como se recuerda aquí la que tú escribiste en las columnas de El Imparcial, deseamos que figure tu firma, y me encargan rogarte la remisión de aquel artículo.

»Si no lo tuvieses, nada te costaría escribir unas cuantas cuartillas, cuya inserción aumentaría la importancia del acto que se trata de llevar á cabo.»

Esto me dices; y á eso contesto, (después de agradecer en el alma

la benevolencia con que tanto tú, como la EUSKAL-ERRIA, juzgais mi intervención en el asunto) que no tengo en mi poder el artículo de El Imparcial y no puedo remitirtelo, por ende, como fuera mi deseo.

Cuanto á las cuartillas que solicitas, ya es otra cosa. En cuartillas te escribo esta carta, y en ellas voy á trazar, á falta de una biografía completa del desventurado Bilinch, algunas líneas que celebraré sean de tu agrado y respondan á los fines de la ilustrada redacción de la EUSKAL-ERRIA.

Por complacerla y complacerte á tí, me aventuro á dejar correr la pluma, sin plan determinado y casi al azar. Si te gusta y gusta á la EUSKAL-ERRIA mi trabajo, su inserción me sarisfará en extremo. Si no gusta, rómpanse las cuartillas, sin temor alguno, y déseme ocasión para redactar otro que guste. En mi ya bastante larga carrera de literato, las censuras justas y razonadas, por violentas que hayan sido, lejos de irritarme, me han estimulado á estudiar más cada día y á corregir, en lo posible, mis innumerables defectos.

Después de esta sincera declaración, ahí va lo que se me ocurre acerca de Indalezio Bizcarrondo.

La casa de Arsuaga, el café de la Marina y la iglesia de Santa María: he aquí tres lugares que evocan en mi mente otros tantos recuerdos de Bilinch.

En el primero conocí al poeta, en el segundo al hombre; en el tercero vi la caja que guardaba los despojos del cuerpo y escuché las voces de duelo, cariño y admiración que sancionaban la inmortalidad del vate guipuzcoano.

El primer recuerdo es lejano, pero puedo precisarlo perfectamente, exceptuando la fecha exacta. Era por los años del 59 al 61 y en un día de Miércoles de Ceniza. Había entonces la costumbre, que no sé si subsiste aún, de merendar ese día copiosamente, con la particularidad de que los manjares se componían en su casi totalidad, de mariscos, descollando entre éstos, las lampernas, las lapas y unos moluscos largos y estrechos, en forma de calzoncillo, que se conocían con el nombre de déilus.

La merienda se verificó en la casa de Arsuaga, sita en el paseo de Atocha, y allí pude ver una singularísima y chistosa competencia poética entre Indalezio Bizcarrondo y el entonces popular y nunca bien ponderado Campaña.

Para que se vea que nada invento, hago memoria de algunos de los

asistentes y recuerdo á Ramón Emparanza, mi tío Domingo Peña, Arsuaga, José Javier y Policiano Serrano.

Sentados todos á la mesa, y entre mariscos y libaciones, comenzó de pronto Campaña la pelea dirigiendo á Bilinch una redondilla satírica en bascuence.

El famoso sacristán de San Vicente, el cataléptico Campaña, que se dormía de pie tocando el bombardino en pasacalles y procesiones, y á quien yo ví más de una vez en la Fraternal, quedarse aletargado jugando al billar, en el momento de volver la cara para escupir, cuando se preparaba á dar un tacazo; Campaña vuelvo, á decir, tenía sus puntas y ribetes de poeta y no sin razón, porque improvisaba con facilidad y aderezaba el chiste con presteza.

Bilinch y Campaña fueron los héroes de la merienda á que me refiero, y allí, en casa de Arsuaga, pude apreciar de cerca la prodigiosa facundia de Indalecio, su sátira punzante y fina y el arte naturalísimo y persuasivo con que aparejaba los versos.

La réplica de Bilinch surgía de sus lábios, como una centella. Mientras Campaña hablaba lentamente, con su respirar ruidoso de apoplético, Indalecio componía en el acto la contestación. Y era de ver á aquellos dos séres tan extraños y diferentes, obeso el uno y receptáculo de malos humores como Falstaff, delgado el otro y con cara de sátiro averiado, insultándose mutuamente, poniéndose de relieve los defectos físicos y cruzando entre sí un fuego graneado de denuestos, en los cuales la gracia, la oportunidad y el calor y la expresión de los conceptos poéticos formaban admirable conjunto y no dejaban punto de reposo á la hilaridad de los concurrentes.

En esa ocasión conocí, como digo, al poeta. En el café de la Marina conocí al hombre; y le conocí embebido en el vicio que por entonces le dominaba: en el juego.

No se vaya á creer que Bilinch jugaba por el afán del dinero; nada menos cierto. No le seducía el interés intrínseco; y prueba de ello es que odiaba los juegos de azár. Lo que Indalecio buscaba en el juego, era la lucha del amor propio á la cual le escitaba naturalmente su exquisita sensibilidad.

Adoraba el tute entre dos y tenía delirio por el tute alternado entre tres, llamado la pincheta. Toda su irascibilidad de artista aparecía en estas ocasiones y dejaba ver al desnudo al hombre nervioso, casi histérico, que la fortuna del contrario ponía fuera de sí.

Gabino Iribas, con su calma imperturbable, era el más á propósito para contender apaciblemente con Indalecio y el tutista predilecto del célebre poeta. Yo les acompañé muchas veces, pero mi intervención fué con frecuencia origen de disputas sin cuento, por reunir yo, como jugador, las mismas desdichadísimas condiciones del pobre Bilinch.

Quien sepa lo que es el dominio exclusivo del amor propio, en el juego, comprenderá hasta que punto son violentas las controversias de los que se interesan apasinadoamente en las combinaciones azarosas del juego de cartas, lo mismo cuando se juega un puñado de habichuelas, que cuando se apuesta un puñado de duros.

Si cito este caso, es porque revela en Bilinch el alma del artista y su extremada susceptibilidad, á par que el amor propio de quien jugó siempre por vencer al contrario y jamás por ganarle el dinero.

El tercer recuerdo que conservo del infortunado vate guiguzcoano, es el último y el mas fuerte Tocóme asistir á su entierro y recibir en el fúnebre acto una de sas emociones que nunca se olvidan.

Numerosa asistencia se reunió en la nave de Santa María, donde descansaba el cuerpo magullado del pobre Indalecio. Todos sus amigos acudimos allí á darle el último adios. Terminada la ceremonia, salió de la iglesia el cortejo, y al llegar en frente del teatro Principal del cual fué Bilinch conserje durante muchos años, incorporóse á la comitiva una pobre, una humilde charanga que ejecutó al instante una marcha fúnebre.

Aquel metal estridente y desafinado, aquellos desgarrados acordes penetraron en mi alma con tal fuerza, que presa de emoción indefinible rompí á llorar como una criatura.

No sé lo que sentí. Si en vez de la charanga aquella, hubiera ejecutado la marcha fúnebre de Chopín, por ejemplo, la mejor de las bandas conocidas, es probable que yo hubiera permanecido indiferente.

Pero al ver á aquellos pobres menestrales que unían al duelo general, su particular manifestación, en la forma más expresiva del sentimiento; al oír aquella ejecución burda y descuidada, me pareció que el alma del pueblo se cernía sobre el féretro de bilinch y lo cubría de lágrimas, despidiéndose del poeta para siempre, con el dolor rudo, varonil, inculto, si puedo expresarme así, de las expansiones populares.

Las desafinaciones mismas de la charanga adquirirían en aquel mo-

mento para mi una fuerza de expresión inenarrable, traían á la memoria la naturaleza esencialmente popular del vate guipuzcoano. Y aquellos acentos desnudos de belleza intrínseca, herían mi mente y agitaban mi alma, porque resumían toda la vida y todos los azares de Indalecio Bizcarrondo.

¡Pobre Bilinch! De cuantas coronas ha depositado sobre su tumba la admiración y el cariño de los easonenses, ninguna como aquella marcha fúnebre en la cual el pueblo preludió á la inmortalidad de su inolvidable poeta.

¡Y pobre también de mí que, alejado de San Sebastián, no puedo ofrecer á la memoria del amigo, en la inauguración de su mausoleo, más que estas deshilvanadas líneas, escritas con el corazón, eso sí, pero tan desafinadas y feas como las notas de la marcha fúnebre!

El sentimiento popular idealizó aquellas notas. Que la benevolencia de los lectores de la EUSKAL-ERRIA sirva de escudo á las mías, ya que de otra suerte serían por unanimidad condenadas.

* * *

Ahí tienes, querido Manuel, las cuartillas que me pides. Menguada ofrenda la que te remite para la memoria de Bilinch, quien fué su amigo, y lo es tuyo, todo afectísimo

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

Madrid, 12 de Mayo de 1885.

ON MANUEL GOROSTIDI



¡Zeruratu da!

¡Biyotza penaz ta begiyak malkos jarri zaizkit, jakiñik ill zerala!

Nere luma kamotza da zure aunditasuna goitalchatzeko bañan alaz guziyaz zerbait esatia da nere naya. Euskal erriyak kalte aundiya du bere seme jator bat obiratzia; bada zu ziñan euskaldun maisua aundi ta bikaña; iskribalari sentsuduna, itz-lari ederra, erakuslari jakintzuna, eta pentsalari gain gañekua. Zure itz legun eta estiyak entzuten genituenok, ain garbi eta tajuz antolatuak, gogoan ondo gorderik dauzka-